



conclusión

Al principio de este informe conocimos la historia de Joseph Jeune, un campesino haitiano de 26 años. Su caso ilustra cómo la esperanza puede triunfar sobre la desesperación, y es un buen ejemplo de cómo muchas personas son capaces de plantar cara al VIH/SIDA.

Éste es un momento crucial en la historia del VIH/SIDA, una oportunidad sin precedentes para imprimirle un nuevo rumbo. El mensaje más importante del presente informe es que la comunidad internacional tiene ahora la posibilidad de cambiar el curso de la salud para las generaciones futuras y de allanar el camino hacia una mejor salud para todos.

El *Informe sobre la salud en el mundo 2004* describe la propagación mundial del VIH/SIDA a lo largo del último cuarto de siglo. En él también se reseñan los esfuerzos desplegados por los grupos de apoyo, las organizaciones de la sociedad civil, los agentes de salud comunitarios, los investigadores y muchos otros actores para controlarlo y para combatir sus múltiples efectos secundarios, como la estigmatización o la discriminación. Pese a estos esfuerzos, a menudo heroicos, el VIH/SIDA se ha cobrado ya la vida de 20 millones de personas, y se estima que otros 34–46 millones están infectados en estos momentos por el virus, para el que aún no existe vacuna ni curación.

Pero sí existe tratamiento. Joseph Jeune, al igual que muchos otros, está vivo gracias a él. Las fotos de Joseph antes y después de recibir tratamiento son ilustrativas de lo que se puede hacer. La terapia antirretroviral lo ha salvado de una muerte temprana; gracias a ella ha podido volver a trabajar el campo y a cuidar de su familia.

Articular una respuesta eficaz contra el VIH/SIDA es el reto más apremiante que afronta la salud pública mundial. El presente informe, que apuesta por una estrategia integral que aúne prevención, tratamiento, atención y apoyo, pone especial énfasis en la importancia del tratamiento, que en la mayoría de los países en desarrollo ha venido siendo el componente más desatendido.

El tratamiento es la clave para el cambio. De los casi seis millones de personas que en estos momentos precisan tratamiento, sólo unas 400 000 lo recibieron en 2003. Ahora es posible salvar la vida de millones de personas que precisan tratamiento pero aún no pueden acceder a él. Esta convicción es la base sobre la que descansa el compromiso de la OMS y sus asociados de ayudar a suministrar terapia antirretroviral a tres millones de personas en el mundo en desarrollo para el final de 2005, y avanzar más allá de esa meta.

La iniciativa de extensión del tratamiento supera con creces

las capacidades individuales de cualquier organización. Se trata de uno de los proyectos más ambiciosos en la historia de la salud pública, y son muchas las dificultades que comporta. Ahora bien, dentro de los múltiples lazos de asociación forjados dentro de la comunidad internacional, la convicción de que la meta propuesta se *puede* alcanzar está dejando paso al reconocimiento de que se *debe* alcanzar.

Amén de los imperativos de orden moral, que no precisan ser reafirmados, existen otros excelentes motivos para apoyar la iniciativa de extensión del tratamiento. Como se demuestra en este informe, se habían subestimado gravemente los costos económicos y sociales a largo plazo que el VIH/SIDA impone a numerosos países: es posible que algunos países del África subsahariana se vean empujados al borde del colapso económico. La extensión del tratamiento es vital para proteger su estabilidad y seguridad y consolidar los cimientos para su desarrollo futuro. Además, factor éste de inestimable importancia, el tratamiento puede convertirse en acicate de los esfuerzos de fortalecimiento de los sistemas de salud en todos los países en desarrollo.

El robustecimiento de los sistemas de salud es fundamental, no sólo para la lucha contra el VIH/SIDA sino también, en términos más generales, para ampliar el acceso a una mejor atención de salud para quienes más la precisan. En este informe hemos comprobado cómo las organizaciones internacionales, los gobiernos nacionales, el sector privado y las comunidades pueden aunar sus fuerzas formando alianzas para alcanzar ese objetivo.

Los esfuerzos de sensibilización sobre la necesidad de incrementar la inversión internacional en salud, promovidos por la OMS y sus asociados, comienzan a dar fruto. Los países deben sacar de los nuevos fondos que están empezando a tener a su alcance el mayor provecho posible para la salud pública. Aunque eminentemente destinados a la lucha contra el VIH/SIDA, esos recursos pueden contribuir al mismo tiempo al fortalecimiento de algunos de los sistemas de salud más frágiles del mundo.

Más allá de 2005, está el reto de ampliar el tratamiento a muchos millones de personas más y de mantenerlo durante el resto de su vida, instaurando y sosteniendo al mismo tiempo las infraestructuras de salud necesarias para esa ingente tarea. Nadie puede garantizar el éxito de esta acción. Pero la pasividad, lejos de ser perdonada, será juzgada por quienes hoy sufren y mueren sin necesidad y por los historiadores de mañana, que tendrán derecho a preguntar por qué, cuando estaba en nuestras manos cambiar el rumbo de la historia, dejamos escapar esa oportunidad.

